

FRANCISCO RICO, *La Novela Picaresca y el punto de vista* (Barcelona, Editorial Seix Barral, S. A., 1970. Biblioteca Breve).

Tres capítulos conforman la obra: I. "Lazarillo de Tormes, o la polisemia"; II. "Consejos y Consejas de Guzmán de Alfarache"; y III. "La Novela Picaresca y el punto de vista". A lo largo de ellos el autor se propone demostrar que "en las grandes novelas picarescas (a su juicio, el Lazarillo y el Guzmán), el mínimo común denominador de la técnica narrativa consiste en someter todos los ingredientes del relato a un punto de vista singular". Refuerza su afirmación Rico escribiendo que "en ambos casos nos las habemos con ficciones autobiográficas, uno de cuyos asuntos esenciales es justamente mostrar la conversión del protagonista en escritor, justificar la perspectiva del pícaro en tanto narrador (vale decir novelizar el punto de vista)". Así pues, el autor en los dos primeros capítulos inquiere "el alcance estructural del punto de vista narrativo en Lazarillo de Tormes y en Guzmán de Alfarache; y supuesto que uno y otro son libros escritos en primera persona, el problema estribaba a menudo en aclarar las relaciones entre el pícaro como actor y el pícaro como autor ficticio". El tercer capítulo lo dedica el ensayista "a esbozar en qué forma se dilapidó la herencia de los dos geniales iniciadores de la novela picaresca". Espera que su estudio contribuya a la definición y a la ordenación del género picaresco como conjunto.

En el capítulo inicial, "Lazarillo de Tormes, o la polisemia", sostiene que a mediados del siglo XVI la novela aún "no se atreve a dar la cara, aparece entre mohínes de sí es y no es, disfrazada de historia o cubierta con el embozo de un género literario admitido por todos". No era posible valerse de la crónica para "semejante rosario de menudencias". Por otra parte, la prosa narrativa no se prestaba aún para un "personaje de la ruin calidad de Lázaro González Pérez". Pero sí existía una forma literaria que podía "conciliar la tradición retórica y la modesta historicidad que parecía de rigor en los balbuceos de la novela: la carta".

Algunos elementos de la obra prueban que no es sino una carta. En el prólogo de la novela queda explícito: "Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso". Y cierra el relato o la carta con la constancia del lugar y la fecha de redacción, ateniéndose a la costumbre de la época de poner estos datos al final de la epístola.

Señala Rico que el relato autobiográfico no surja, quizá, sólo del carác-

ter epistolar sino también es muy probable que se inspirara en la tradición literaria (Apuleyo).

Como carta autobiográfica supone la exigencia de historicidad y de verosimilitud. Lázaro cuenta con adecuada lógica, lo que sólo él puede saber, pero además, lo que Lázaro cuenta es en buena parte la razón de que cuente algo, o de otro modo, la carta de Lázaro aspira a explicar por qué le han pedido que escriba una carta. Así, el supuesto género literario del Lazarillo forma parte del argumento.

El relato autobiográfico se somete a un punto de vista: el de Lázaro adulto que protagoniza el caso. Y el caso es aquello de que pide relación Vuestra Merced, vale decir, de algo que está historiado en el capítulo final: esto es, las hablillas que corren por la ciudad sobre el equívoco trío / Lázaro, el Arcipreste de Sant Salvador y la esposa de Lázaro /, el triángulo amoroso "complacientemente tolerado por Lázaro". Es el caso, pues, el que determina la ordenación del relato. Lázaro prefiere "no tomarle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona". De modo que va a ser el caso el pretexto de la vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades.

El núcleo del Lazarillo, escribe Rico, se encuentra en su conclusión: "al caso, acaecido en último lugar y motivo de la redacción de la obra, han ido agregándose los restantes elementos hasta formar el todo de la novela. Su prehistoria, su servicio con el ciego destacan elementos que hacen comprensible su desairado presente de marido postizo y de hombre que se adapta a las circunstancias.

Los marcados paralelismos entre las primeras páginas y las páginas finales delimitan un espacio literario. Las etapas de la prehistoria del pregonero funcionan como una suerte de frases condicionales orientadas hacia un futuro que debe colmarlas de significado, se encaminan a un desenlace, y desde él, con otra perspectiva, el protagonista pasa revista a esos factores y se revela su alcance semántico y estructural. Así, Lázaro "recoge y aplica en el caso todas las enseñanzas recibidas, en su aprendizaje de hombre hecho y derecho; y el espacio de la novela queda definitivamente cerrado y unificado". Es el yo autobiográfico, entonces, quien da al mundo verdadera realidad, las cosas importan en cuanto el yo se las incorpora y se cumple el proceso de novelización del punto de vista.

Con la forma de narrar, Lázaro señala que el mundo no es unívoco, no hay valores sino referidos a la persona, y aun a título profesional. Los objetos y los hechos presentan diversas dimensiones según las etapas que el sujeto recorra. El lenguaje señala la polisemia de la vida.

"¿Cómo habremos de entender las lecciones del pregonero toledano?", se pregunta Rico. Caben tres posibilidades:

- Que los hombres no pueden abandonar el estado en que nacieron;
- Que la virtud y el esfuerzo personal permiten escalar posiciones en la pirámide social y

—Que Lázaro sí haya subido, contra la sangre y la virtud, y que en consecuencia el hombre puede ascender sí, pero sólo a la altura de un Lázaro. El “fruto” prometido sería la visión de una realidad polisémica, resuelta en puntos de vista. Así, “el yo es la única guía disponible en la selva confusa del mundo; pero guía parcial y de momento, tan cambiante como el mismo mundo; y, por definición, de ella no cabe extraer conclusiones firmes con pretensiones de universalidad.

El capítulo II, *Consejos y Consejas* de Guzmán de Alfarache, comienza por plantear la poca atención que han tenido lo que se ha dado a llamar “digresiones” (ensayos en nuestra lengua actual o discursos en la antigua) del Guzmán. La *Atalaya* no es fruto de un simple propósito fictivo sino que nace de un más amplio intento aleccionador (apoyado esencialmente en la novela, sí, pero también en otros géneros familiares en la época: la silva o miscelánea, por ejemplo). Mateo Alemán “se esforzó —dice Rico— por lograr que la visión del mundo manifiesta en el libro correspondiera en todo punto al talanta de su héroe; que la hizo brotar con entera coherencia del proceso de su vida, con justeza de construcción poética”.

La conseja, el relato autobiográfico; y el consejo, es decir, la doctrina desarrollada en forma explícita, no se dan en terrenos separados que dieran pauta para considerarlos autónomos, una y otro se entrelazan, se complementan y así, actor y autor conforman una unidad que tiene como consecuencia la novela. Es claro que fluyen separados, pero complementándose; con fisonomía propia, pero en convergencia. El propio Mateo Alemán al enjuiciar la segunda parte apócrifa del Guzmán señala la falta de integridad en ésta de la conseja y el consejo. Esto es prueba de que tenía clara conciencia de su técnica para estructurar su Guzmán. Así, “Guzmán está en Guzmanillo; y únicamente es exacto decir que la conversión los separa en bastantes aspectos, mientras que en otros tantos los une. Todavía más —insiste Rico—: el tránsito del Guzmán actor al Guzmán autor no sólo aparece finamente motivado, sino que constituye el verdadero nudo argumental de la obra. En ella, los varios núcleos episódicos se someten a una línea constructiva principal: a la historia de una conversión, al análisis de una conciencia”. El proceso de conversión del pícaro se identifica, pues, con la paulatina consolidación del punto de vista que preside la novela; y constituye, en lo ideológico, uno de los motivos dominantes de la obra.

Una de las tesis inequívocas de la obra es que “el hombre es dueño de elegir su destino, y no hay ‘ni ha de ser ni conviene ser y convenir’”. Las experiencias de Guzmanillo dan cuenta del libre albedrío del hombre. El personaje en un diálogo constante, o monodialogo, a través del tiempo se pedirá cuenta de sus hechos. La doctrina explícitamente desarrollada surge del relato e informa el relato, como punto de vista de Guzmán. El consejo, la enseñanza químicamente pura, se enlaza en diversas formas con la conseja; la narración y la doctrina explícita quedan fundidas con la ficción dando la ilusión de brotar naturalmente de hechos y estados de ánimo, comprobando la coherencia de Guzmán —de personaje a escritor— y compro-

bándose en él como materia didáctica. La forma autobiográfica, así tratada, crea un carácter y da lecciones simultáneamente.

Concluye Rico, en que en el Guzmán nuevamente se nos da el punto de vista peculiar. El mundo se entiende desde la perspectiva de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana, desde un punto de vista explícito y el haberlo logrado es la hazaña literaria de Mateo Alemán.

El capítulo III, y final, lo titula Rico como la obra, *La novela picaresca y el punto de vista*. En él refiere la fama que tuvo el Lazarillo, los castigos que sufrió como obra, su repercusión en la literatura que le sucedió. Luego se ocupa del término pícaro, su trayectoria. Desde su identificación con un niño o mozo vil y de baja suerte, hasta la relación con el personaje del Lazarillo o el Guzmán y aún con la obra misma, en el caso de la atalaya. No por estar ausente el término pícaro en el Lazarillo vamos a dejar de considerarla novela picaresca en toda su dimensión, y es la primera, es la que inaugura el género. Del Lazarillo y el Guzmán surgió la matriz de la novela picaresca. Pero de esta matriz no van a emerger dignos representantes del género, dice Rico. Un caso es La pícaro Justina, del licenciado Francisco López de Ubeda (1605), que por no aplicar el habilísimo juego con el punto de vista, que era central en Lazarillo y Guzmán, se desvanece en la misma medida en que se falsea la primera persona. No es la voz del protagonista la que surge sino la del autor y la novela se arruina. Se repite la falla en el "genial libro... y pésima novela picaresca: La vida del Buscón, llamado don Pablos", de Quevedo (1604). No se sabe por qué escribe Pablos, aunque hay una carta dedicatoria de dudosa pertenencia a la primera redacción.

Justina y Buscón son, al decir de Rico, nada más que la "voz del amo", o sea, la voz del autor, y constituyen una vía muerta para la picaresca.

No es muy diferente la suerte que corren obras como *La hija de Celestina*, de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1612); o *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, de Carlos García (1617). Ambas no pueden incluirse en la novela picaresca, en su sentido estricto. También marchan contra el diseño constitutivo de la novela picaresca *El Lazarillo de Manzanares*, de Juan Cortés de Tolosa (1620), y la *Segunda Parte del Lazarillo de Torres*, de Juan de Luna (1620).

Luego surgen *Alonso, mozo de muchos amos*, de Jerónimo de Alcalá Yáñez (1624), y *Varia fortuna del soldado Pindaro*, de Gonzalo de Céspedes (1626), este último es similar a *La vida del Buscón*. En cambio, Alcalá Yáñez parece haber comprendido que usar el patrón del género con una cierta economía artística, obligaba a establecer un nexo entre el pícaro actor y el pícaro autor.

Después de 1626, la novela picaresca no levanta cabeza sino por azar. *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*, de Alonso de Castillo Solórzano (1632), brota sin ninguna relevancia. *La vida y hechos de Esteba-*

*nillo González, hombre de buen humor*, anónimo de 1646, tiene cierto entronque con la picaresca.

La hazaña del Lazarillo y el Guzmán es haber construido un género. La utilización de la primera persona narrativa y la presentación de toda la realidad en función de un punto de vista condujo a pensar desde dentro, con profunda simpatía novelística, a un personaje insignificante. De haberse seguido la ruta de Lazarillo y Guzmán se hubiera desembocado en la novela moderna. El primer paso es la hazaña del *Lazarillo de Tormes* y del *Guzmán de Alfarache*, concluye Rico.

Así expone su posición este notable investigador en que destacan el orden y el dominio encomiable del tema y de fuentes bibliográficas que vierte en provechosas notas que no hacen sino enriquecer el trabajo.

JUAN VERA RAMOS.